

Gustavo Adolfo Otero y su Contribución a la Sociología Boliviana

Por Abraham VALDEZ. Colaboración Especial para la Revista Mexicana de Sociología.

Lo que se necesita es la observación de mentes abiertas e investigadores cuya sensibilidad para el pulso que late en el tiempo no esté disminuida por prejuicios doctrinales.

K. MANNHEIM.

DEL periodismo a la sociología; de comentarista de lo fugaz de la actualidad y de sus personajes, derivó a lo trascendente, que es la vida histórica y social. Tal es el tránsito que se observa en la labor intelectual de Otero. Util y práctico aprendizaje es registrar lo cotidiano para poder captar los procesos, lo que deviene y tórnase permanente. Sin embargo, no es muy frecuente este tránsito que requiere aptitudes y vocación. Gustavo Adolfo Otero es uno de los contados casos que, fuera del ambiente universitario, logró una organizada formación mental. El periodista agudo, que hizo del humorismo un escape a su espíritu inconforme y a su afán reformador, se convirtió en uno de los más serios estudiosos de los problemas sociológicos bolivianos, para culminar como investigador científico. Ateniéndome a la definición que del sociólogo profesional hace Alfredo Poviña —“La tarea de la investigación atribuye la auténtica calidad al sociólogo”—, debo decir que Otero, con su última obra, ha conquistado plenamente, ese atributo.

Publicó libros de viajes (sobre Perú, Chile y los Estados Unidos de América), una antología sobre Tiahuanaco, la cultura andina que tuvo

su foco de irradiación a orillas del lago Titicaca. Bajo su dirección y prolongados por él, se editaron los diez primeros volúmenes de la *Biblioteca Boliviana* en la que figuran los escritos de mayor renombre de Bolivia. Fundó el Ateneo de Bolivia, la revista *La Ilustración* y otras. Su vocación de escritor se encauzó definitivamente hacia los campos de la sociología, en un reconocimiento tácito de que en ellos radican los temas fundamentales para conocer la realidad de la existencia colectiva. Continente llamado nuevo, el nuestro, no obstante que albergó culturas y civilizaciones prehistóricas; países cuya población es heterogénea (en muchos, la mayoría compuesta por indios y mestizos, o por aluviones inmigratorios en otros); naciones que experimentaron una dominación secular que alteró profundamente su vida, y que se liberaron por actos de rebelión y hazañas guerreras; repúblicas que sufrieron el flagelo de brutales tiranías; que se lanzaron unas contra otras en guerras fratricidas y que aún no han logrado estabilizarse política ni económicamente; pueblos, en fin, cuya mayoría, por su incultura y pobreza, son materiales inflamables para las revoluciones, tienen, indudablemente, una fisonomía y un espíritu propios. Constituyen una realidad *sui generis* y son, por tanto, subyugantes objetivos para el sociólogo. Y, si consideramos este conjunto como un todo, que integra un “mundo” que no le es propio, pero que tampoco considera ajeno (el mundo occidental), veremos que, en sus unidades y en su totalidad, Latinoamérica es un problema y un destino que forzosamente debe de inquietar a sus hombres de pensamiento. Así lo comprendió Otero y se entregó afanosamente a la tarea de estudiar muchas facetas de la realidad boliviana, de su pasado en función del presente, y algunos tópicos de interpretación sobre nuestra América.

Otero deja a las nuevas generaciones de Bolivia el ejemplo de su apasionada consagración de escritor que se sobrepuso a las limitaciones del medio y que sirvió, en forma positiva y edificante, a elevados fines culturales. Espiritual es su legado: está constituido por sus libros —más de veinte— que acrecentan el acervo de la cultura boliviana. El mejor elogio que de él pueda hacerse, será decir que fue uno de los más preclaros autodidactos, un escritor que se suma a la constelación de los eminentes que figuraron en este medio siglo de las letras de Bolivia, y un patriota que supo sentirla en el cogollo de su corazón, repitiendo la intensa frase de Unamuno.

Deslinde de una obra. La contribución de Otero a la literatura sociológica debe estudiársela a través de las siguientes obras: *Figura y*

Carácter del Indio (1935), *La Vida Social del Coloniaje* (1942), *Sociología del Nacionalismo en Hispano-América* (1947), *Estilo y Forma de Bolivia* (1951) y *La Piedra Mágica: Vida y Costumbres de los Indios Callahuayas de Bolivia* (1951).

Figura y Carácter del Indio es un libro que versa sobre los pobladores aymarás y quichuas de Bolivia, a los que Otero les da el nombre genérico de “ando-bolivianos”. Premunido de fundamentaciones de orden antropológico, etnológico, y sociológico, sustenta la tesis de que estas dos ramas étnicas deben ser estudiadas en conjunto, pues, además de su identidad racial, habitan un mismo territorio y, mancomunadas, protagonizaron su vida en las épocas prehistórica e histórica de la nacionalidad que hoy constituye Bolivia. Para la descripción morfológica de los andobolivianos, utiliza los datos suministrados por antropólogos europeos. El aporte nuevo y valioso de Otero consiste en sus enfoques sobre su caracterología, para lo que aplica el método de Kretschmer. Acucioso observador de la vida del indio, compenetrado de sus problemas y conflictos y auxiliado por sus conocimientos del pasado y de los idiomas nativos, Otero demostró ser uno de los más acertados conocedores de su psicología, lo que le permitió trazar los rasgos salientes de su personalidad. Si se considera que la mayoría de la población de Bolivia está constituida por indígenas, herederos de una milenaria tradición cultural, pero que fueron reducidos a un estado de servidumbre durante el coloniaje y marginados del proceso de formación nacional en la etapa republicana, se verá que la llamada cuestión del indio constituye uno de los problemas capitales de nuestras sociologías. Al planteo y esclarecimiento de esta cuestión, sobre bases científicas, contribuye este libro.

La Vida Social del Coloniaje. Es un esquema, como reza en el subtítulo, de la historia del Alto Perú, hoy Bolivia, en los siglos xvi, xvii y xviii. Si bien es un libro de carácter histórico, los temas que abarcan sus 27 capítulos permiten clasificarlo como histórico-sociológico. La época colonial en Bolivia estuvo cargada de intensidad, movimiento y dramatismo como en México y el Perú. No sólo porque los españoles encontraron un territorio con prestigio de leyendas y densamente poblado, sino que en el Collasuyo (una de las cuatro partes del Imperio Incaico) los conquistadores tuvieron el incentivo poderoso del oro y de la plata. Potosí, por ejemplo, fue proveedor inagotable del metal blanco. El Alto Perú resultó ser el escenario de uno de los procesos de transculturación más rápidos y decisivos. En una generación se ope-

raron cambios radicales en los conquistadores y en los conquistados. El hecho biológico del mestizaje importa por sí, el comienzo de la existencia de nuevas sociedades. La llamada colonización no fue un dominio absoluto del blanco sobre el indio. Fue, más bien, un entronque cultural que originó, no sólo situaciones de hecho, sino un nuevo producto humano, si cabe el término: el mestizo. Las estructuras sociales a que dio origen, los cambios que se operaron en el régimen político y económico vigentes en el Incario y, en fin, toda la trama de la vida social, es mostrada en este libro, ya no exclusivamente desde el punto de vista de los cronistas, que son los puntos de vista de España, sino con la visión del investigador que manipula los documentos y testimonios “nacionales” de la historia colonial y que confronta muchas realidades aún supérstites, para mostrarnos el panorama de la nueva sociedad.

La colonización española entraña, sin duda, uno de los procesos más interesantes para la investigación sociológica. Al ocasionar un cambio de rumbo en las sociedades indígenas, provocó nuevos hechos o fenómenos que importaban frustración, transformación o posibilidad de renovado progreso para dichas sociedades. Propiamente no fue una colonización en el cabal sentido del término, sino el trasplante de una cultura a otro medio cultural. La presencia del español en América, en las zonas donde existían verdaderas nacionalidades, no fue de simple ocupación; desde el comienzo provocó un intercambio de valores culturales. De ahí que, paralelamente a la españolización del habitante indígena, se presentó el fenómeno correlativo de la indianización del español, como certeramente lo anota el sociólogo peruano Uriel García. A poner en evidencia éste y otros hechos histórico-sociales, contribuye Otero con su libro, para demostrarnos que, entre los antecedentes de las sociedades que se formaron en la América Hispana, además de la prehistoria, está la protohistoria y la época colonial, cuyo conocimiento es indispensable en el estudio de nuestro pasado. Una enumeración de los principales capítulos de *La Vida Social del Coloniaje*, nos dará una idea de los fines que se propuso su autor: Otero estudia los idiomas indígenas, la familia, la religión, las costumbres, el trabajo, el régimen de la propiedad de la tierra, la economía, la educación y las artes; abarca cuestiones cuyo conjunto nos da una visión de la vida social del coloniaje, en sus características propias, que son las de una *sociedad compuesta* —si procede el término—, producto del cruce de dos razas, resultado de influencias recíprocas, consecuencia de un poder dominador y, a la vez, de las naturales resistencias de los dominados.

En *La Sociología del Nacionalismo en Hispano-América*, Otero busca en “las corrientes ocultas” que han dado origen a los “nacionalismos americanos”. Estudia el fenómeno del regionalismo como una de las causas generatrices de los nacionalismos, manifestando que “se ha explicado el fenómeno del regionalismo sólo con ayuda del factor geográfico sin tener en cuenta el factor histórico”. Su pensamiento central radica en valorizar al hombre americano, protagonista de culturas y civilizaciones, vencedor del medio geográfico mucho antes de la presencia del hispano. “La mayor riqueza de nuestros países —sostiene—, está representada no por el potencial que ofrece la naturaleza, sino por el hombre mismo. Es el hombre con su espíritu que encarna la nacionalidad”. Si bien las civilizaciones precolombinas —entre ellas la azteca y la incaica— dominaron vastas regiones, los pueblos incorporados a ellas no perdieron su personalidad. Tampoco la conquista española destruyó el “espíritu nacional de los indígenas”, de donde deberá afirmarse que los nacionalismos en nuestro Continente tienen viejas raíces que se hunden en la prehistoria. Otros hechos que contribuyeron a acentuar una nueva forma de regionalismo, fueron los trasplantes que de sus regionalismos hicieron los hispanos en las tierras conquistadas, así como las jurisdicciones administrativas que crearon para sus fines de dominación. El origen de las actuales nacionalidades hispanoamericanas y, por consiguiente, de sus expresiones nacionalistas, se remontan, pues, más allá del período colonial, sin desconocer que fueron los virreinos, las capitanías y las audiencias las que, por otra parte, contribuyeron a perfilar muchas de nuestras naciones.

Hechos políticos, como las guerras por la independencia que, al tener una finalidad común borraron circunstancialmente las diferencias regionales, son mostradas por Otero como instancias de un proceso que ofrece alternativas. Analiza luego aspectos relacionados con la formación de las repúblicas en el siglo XIX, tanto en el orden político como en el económico, para llegar a la conclusión de que fueron las realidades del medio y del momento histórico, más poderosas que las doctrinas, ideologías e ideales que sustentaron sus creadores. Así, señala que Bolívar, que fue el campeón del continentalismo, tuvo sucesivamente distintos modos de conducta política obligado por las circunstancias. Fue americanista en el Congreso de Panamá; nacionalista cuando formula la doctrina del *Uti possidetis juris* y regionalista al redactar la Constitución para Bolivia.

Completa su estudio sobre el nacionalismo, refiriéndose a lo que él llama las “enfermedades” y que, más exactamente, serían sus desvia-

ciones. Señala entre éstas, como la más peligrosa, cuando el nacionalismo de un Estado se presenta “unido a un régimen tiránico”. Otras desviaciones serían el narcisismo, la angustia territorial y el complejo de inferioridad. Concluye su ensayo con estas palabras que representan una profesión de fe que lo enaltece: “aceptamos el nacionalismo como instrumento de libertad, como fuente de plenitud humana para vivir la libertad en convivencia internacional”. Para Otero existe un “nacionalismo creador”, encarnado en las minorías pensantes, en los que trabajan por la superación cultural, artística y social de nuestros pueblos. “Creo —dice— con Luis de Zulueta, que el sentido de lo universal trae como necesaria reacción, el fortalecimiento del sentido de lo nacional”, que no es opuesto al americanismo ni al universalismo.

Su libro *Estilo y Forma de Bolivia*, contiene en su segunda parte, un enjundioso estudio sobre las tendencias de la sociología boliviana. Hace notar que han sido los requerimientos de la vida nacional los que han impedido que sus hombres con vocación para la sociología, se consagrasen de lleno a su cultivo. “El hombre boliviano del siglo XIX como en el presente —escribe—, realiza su vida mental bajo el signo de la multiplicidad, como reacción a los estímulos del medio circundante, que formula sus preguntas con urgencia, pidiendo también respuestas inmediatas”. En efecto, esta observación de Otero es acertada: sin excepción, todos los hombres de pensamiento en Bolivia, autores de libros e inclinados vocacionalmente al estudio, se vieron compelidos a la acción política, entre otros el mismo Otero. Muchos de ellos que han demostrado eminentes condiciones para realizar obra intelectual, debieron derivar al terreno de la acción, obligados por los imperativos patrióticos. El destino nacional gravitó más fuertemente en la conciencia de los intelectuales, que sus afanes por realizar obra escrita y jalar su propio prestigio. Desde este punto de vista, es evidente lo que dice Otero, de que en Bolivia hay sociología, pero no sociólogos. No hay en el sentido profesional, pero no han faltado, en ninguna época de su dramática historia, espíritus superiores que penetraron, anhelantes y avisores, en la trama de su compleja realidad social. Los reformadores sociales, los constructores de la nacionalidad, los defensores de la libertad —cuando ésta sufrió las acometidas de la tiranía—, han salido de las filas de la inteligencia. No sabría decir que fue preferible ante el dilema que confrontaron sus hombres representativos. Por eso fueron múltiples. Indudablemente que las ciencias y las letras tendrían figuras mejor perfiladas, obras de mayor aliento, pero a expensas de dejar al país en manos de los caudillos instintivos, de los “caudillos

bárbaros”, como los tipificó Alcides Arguedas, a los impostores y forajidos que, intermitentemente, se han apoderado del mando político.

Autores y Tendencias. En su ensayo *Las Tendencias de la Sociología Boliviana*, Otero presenta el panorama más completo de autores y obras en el transcurso de setenta años (de 1880 a 1950). Comienza por Agustín Aspiazu, prefijando que fue el iniciador de los estudios sociológicos en Bolivia. Hombre de ciencia y pensador, influido por el positivismo, en sus escritos acentúa el factor geográfico como determinante de las condiciones de la sociedad boliviana. “Aspiazu —dice Otero—, fue astrónomo como el autor del *Curso de Filosofía Positiva*, educador como Spencer y radical como el filósofo político Stuart Mill. Fue un auténtico maestro del saber, palpitando en la intimidad de su espíritu la grandeza de un enciclopedista”. Jaime Mendoza, médico y polígrafo “extrajo de su conocimiento de la prehistoria aymará y quichua y de la historia colonial del Alto Perú, elementos para la comprensión geográfica de Bolivia”. Daniel Sánchez Bustamante fue catedrático de sociología y autor de un libro didáctico que contiene, además de resúmenes de las teorías sociológicas, capítulos sobre la historia de esta ciencia en Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y los Estados Unidos de América. Destaca Otero la importancia del libro en el que Bustamante aplica su saber sociológico a la realidad boliviana: *Bolivia, su estructura y sus derechos al Pacífico*. Estudia en él, los diversos factores que confluyen en la vida nacional y, de modo preferente, los geográficos y económicos, para fundamentar su alegato jurídico sobre el problema americano de la mediterraneidad de Bolivia. Un hecho político de fines del siglo pasado —la guerra del Pacífico— privó a esta nación de su soberanía marítima, cuyas consecuencias fueron desastrosas para su ulterior desarrollo. Esta obra de Bustamante es la de un internacionalista que supo utilizar con maestría las doctrinas sociológicas en relación a un problema vital para un país, cual es su incomunicación con los océanos.

Bautista Saavedra es definido por Otero como una “figura eminente de la intelectualidad boliviana, que tuvo una bien estructurada formación mental, rica en conocimientos de la nueva ciencia sociológica, con la que mantuvo contacto permanente” Pone en evidencia la positiva significación de *El Ayllú*, el libro de Saavedra que se ocupa de los orígenes de la organización social de los aymarás que, desde el “ayllú-linaje”, semejante a la gens griega, evolucionó hasta alcanzar formas tan completas y extensas que llegó a constituir la estructura de una

nacionalidad armónicamente constituida. Un resumen de este libro, cuyo desarrollo se ajusta a las exigencias de una investigación científica, contiene el estudio de Otero. Sobre *La Democracia en Nuestra Historia*, otra de las obras de Saavedra que le dio prestigio de sociólogo, Otero sólo la menciona. Se trata de un estudio de sociología política, aplicado a Bolivia. Fijando como antecedente la influencia de España en los modos de conducta política de los pueblos hispanoamericanos, abarca los siguientes aspectos: el proceso histórico-social, la política y los partidos, el liberalismo, el parlamentarismo, la economía y la política, y las nuevas formas de democracia social.

José María Camacho, autor de libros históricos, publicó otros de contenido sociológico, como *Los Aymarás*. Desarrolla en éste la tesis de que el origen de las organizaciones sociales de los pueblos andinos debe ser investigado en las características de la "marca" o pueblo indígena. "En Camacho hay que admirar —dice Otero— el golpe maestro del historiador artista con el erudito... Su estilo sobrio, preciso, sencillez parece acuñado en los moldes clásicos de los historiadores romanos, maestros de la simplicidad". Con extensas citas del estudio de Camacho sobre la "marca", Otero reivindica el puesto que a este investigador le corresponde entre los sociólogos bolivianos. Prehistoriador, familiarizado con los cronistas e informado de las teorías sociológicas de su tiempo, Camacho elaboró su doctrina del "marquismo" o predominio de la "marca" en la formación de las sociedades andinas pre-incaicas. Aspectos desconocidos sobre las peculiaridades de la "marca" son mostrados por Camacho, como ésta de que "en la marca la propiedad raíz era común de la misma marca, y su aprovechamiento, un derecho individual de sus componentes... Lo más relevante en el organismo comunal de la marca, eran sus efectos niveladores. Bajo tal régimen, ya se halle en estado de paz o en situación de guerra, todo iba igual y parejo, ni pobres ni ricos son amos ni siervos, son nobles ni plebeyos"

Como representativos de otra tendencia de la sociología boliviana que consideró como factor preponderante el racial, Otero estudia las ideas de Gabriel René Moreno, de Alcides Arguedas y de Carlos Romero. Sobre el primero dice: "destacamos su tendencia hispanizante de cepa colonial que luego toma características de un europeísmo civilizador muy a tono con la influencia de Gobineau y Agassiz, cuyas ideas encontraron eco en su espíritu ganado por el prejuicio racial, es corrosivo al dar a conocer su aversión al indio y al mestizo". Atribuye a éstos el estado de retardo de la sociedad boliviana a fines de siglo;

otros males, por otra parte comunes a nuestros países, como el caudillismo, la versatilidad de las multitudes, los errores y demasías de los gobernantes, tendrían su explicación en la incapacidad de los indios y mestizos para asimilar los bienes del progreso y de la democracia. Esta es, sin duda, la faz negativa de René Moreno, que en el orden de la cultura, fue uno de los escritores profesionales que se consagró a acopiar, con pasión benedictina, abundantes y estimabilísimos materiales para la historia y la sociología bolivianas. Sus libros sobre los años postreros de la Colonia, los primeros de la República y sobre la literatura boliviana, son insuperables. Uno de sus libros de carácter histórico, *Las Matanzas de Yáñez*, no obstante referirse a un episodio político sangriento, es un testimonio valioso para el sociólogo. A través de él, podrá conocer diversos aspectos de la política boliviana del siglo pasado, de la psicología de las multitudes y del estado social del país, donde las pasiones, en el nefasto maridaje del caudillismo y la olocracia, desbordaron en actos de increíble crueldad y barbarie.

René Moreno que hasta sus últimos años se mostró irreductible en sus ideas o más cabalmente en sus prejuicios raciales —apunta Otero—, debió quedar desconcertado ante las revelaciones de las ciencias biológicas que demostraron ser infundadas las teorías que sustentan supuestas primacías de raza. Por otra parte, en Latinoamérica desde la segunda década del novecientos, se inicia una campaña, tanto en el terreno doctrinario como en el político, reivindicatorio a favor del indio. Fue un pensador boliviano, Franz Tamayo, quien la inició en su vigoroso y polémico libro, *La Creación de la Pedagogía Nacional*. En cuanto al mestizo, los hechos más elocuentes que todo el fárrago de los escritos que ponían en duda su aptitud creadora, han demostrado que muchos de los conspicuos valores de la intelectualidad, de la política y del arte, en México, Perú, Guatemala y Ecuador, no son blancos ni blancoides, sino mestizos.

En el panorama general que Otero ofrece sobre las tendencias de la sociología boliviana, Alcides Arguedas, autor de *Pueblo Enfermo*, es caracterizado como un exponente de la tendencia psicologista. Señala que Arguedas estuvo influido, principalmente, por Tarde, Le Bon, Fouillé, Ribot, Guyau y los escritores españoles de la generación del 98. Muestra las afinidades de su libro con otros de autores hispano-americanos aparecidos en la primera década del novecientos; en ellos se acentúan aspectos por entonces muy en boga de la "patología social". *Pueblo Enfermo* es incluido por Otero en la serie de libros que, reflejando las ideas predominantes por entonces, publicaron el

venezolano César Zumeta, *El Continente Enfermo*; el argentino Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*; el chileno Enrique Pérez, *Patología Política*; el guatemalteco Mendieta, que escribió sobre las enfermedades sociales de Centro América, y otro argentino, Manuel Ugarte, autor de *Enfermedades Sociales*. Otero sostiene que *Pueblo Enfermo* no es un libro de carácter sociológico, sino un estudio de psicología colectiva". Discrepo en esta apreciación y recalco que *Pueblo Enfermo* tiene que ser clasificado como un libro de socio-psicología, en el que abundan materiales de observación y consideración estrictamente sociológicos. Los enfoques de Arguedas sobre la psicología de los grupos humanos que habitan las diversas regiones que forman Bolivia, son acertadísimos y tienen plena vigencia. Por haber mostrado con crudeza y al desnudo la realidad de la sociedad boliviana, Arguedas, como lo recuerda Otero, fue el escritor más negado y discutido. En ello está su mérito, ya que *Pueblo Enfermo* obró como un reactivo para saludables consecuencias. Además, debe decirse que, posteriormente a la publicación de este libro cáustico, en cuyas páginas se descubre el aliento del disconforme y del reformador, no se ha escrito otro en Bolivia que la abarque como interpretación totalizadora. Sostengo, contrariamente al pensar de Otero, que *Pueblo Enfermo* tiene aún validez y que no ha sido superado hasta hoy. Indudablemente, algunos aspectos de su desarrollo ya no se ajustan a la realidad de nuestros días y existen nuevas doctrinas y métodos para estudios de tal naturaleza. Lo innegable es que ese libro ha marcado época y que es el necesario antecedente para nuevas formulaciones en los estudios de la sociedad boliviana. Tampoco debe pasarse por alto el contenido racista de *Pueblo Enfermo*, pues Arguedas, no obstante ser el autor de *Raza de Bronce*, la tensa y magnífica novela sobre el indio aymará y su paisaje, en la cual describe las dramáticas alternativas de su lucha por la existencia, tuvo prejuicios sobre el nativo y manifestó su desconcierto frente a la conducta social del mestizo. Es decir, que como René Moreno, fue un desconfiado de las virtualidades del indio y del mestizo, juzgando que ellos significaban algo así como un lastre que impedía el desplazamiento progresivo de la nacionalidad. En equivocación semejante han incurrido muchos de nuestros grandes escritores, impresionados tal vez por el contraste que ofrecían las Américas, anglosajona e hispana; realizadora de impresionantes progresos materiales la primera, y sumida en la incuria y la anarquía la segunda. Les faltó perspicacia para descubrir que los indios no son entes pasivos, retardados ni insociables, sino que, dadas las condiciones de servidumbre en que vivían, y aún

viven, no podían actuar como elementos partícipes de la sociedad. Comprobaciones socio-pedagógicas han demostrado que los nativos de Iberoamérica, y de modo concreto los aymarás y quichuas de Bolivia, poseen prevalecientes condiciones para el progreso, cuando se les posibilita.

Nada dice Otero sobre la obra de Arguedas como novelista e historiador. En su historia monumental de Bolivia y en sus novelas tiene que espigarse su pensamiento social. Resulta así incompleto el estudio sobre Arguedas, pues se limita a uno de sus libros. Para conocer la influencia arguediana como la de un escritor representativo de una época, cuyas ideas han tenido fuerte repercusión en Bolivia, hace falta un análisis más exhaustivo de su copiosa producción.

En la misma tendencia de René Moreno y Arguedas es ubicado Carlos Romero, autor de *Las Taras de Nuestra Democracia*. La tesis central de este libro incide en el factor población, dando como válidas las discriminaciones raciales. El caciquismo, el caudillismo y el fracaso de la democracia en Bolivia serían, según Romero, consecuencias de la heterogeneidad racial y, principalmente, se deberían a que esos modos primarios de conducta política y de arbitrario predominio son posibles cuando la masa de la población es incapaz de discernimiento y de voluntad constructivos. Los defectos, limitaciones y “taras” que Romero pone en evidencia, serían atribuibles al hecho de que la mayoría de los habitantes de Bolivia son indios y mestizos, elementos negativos para el progreso, según él. De formación positivista, Romero trasunta en su pensamiento las doctrinas de Novicow, Glumpowicz, Max Nordéau, Le Bon y otros autores europeos. Comenta y recoge, asimismo, en apoyo de sus puntos de vista, las ideas de los sociólogos argentinos Ramos Mejía, Lucas Ayagarraray y José Ingenieros. “Aunque estoy muy lejos de estar de acuerdo con sus ideas —dice Otero a propósito del libro de Romero—, creo que ha realizado una obra que debe ser estudiada, precisamente por su desesperado pesimismo, fruto de su pleitesía a las ideas del aristocratismo de las razas blancas que proclamaron Gobineau y sus continuadores”

Franz Tamayo, autor de *La Creación de la Pedagogía Nacional*, es juzgado por Otero como un escéptico de la ciencia sociológica, no obstante que fue profesor de esta disciplina en la Universidad de La Paz. Lo muestra como al iniciador del movimiento indigenista, que tuvo amplias resonancias en el Perú, México y Bolivia. En efecto, correspondió a Tamayo en 1910, cuando imperaba en Bolivia las corrientes europeizantes que hacían coro al Conde de Gobineau en sus ideas

sobre la pureza racial y la superioridad del blanco, abrir polémica con los negadores de su medio y de su sangre. Los escritos de Tamayo sobre el indio aymará, encendidos de fe, clarividentes y certeros, abrieron brecha en las murallas de la incomprensión y del prejuicio. Recogidos más tarde en su libro *La Creación de la Pedagogía Nacional*, constituyen el alegato mejor fundado a favor del indio. Otero señala puntos de coincidencia entre este libro y el de José Vasconcelos, *Indología* y sus anticipaciones contenidas en *La Raza Cósmica*. Lamentablemente, Otero no se detiene a comentar el caudal de observaciones, revelaciones y acertos que contienen los ensayos de Tamayo.

Si bien el motivo determinante de los escritos de Tamayo fue sustentar la necesidad de crear la “pedagogía nacional”, en oposición a los calcos serviles de la europea o estadounidense, para fundamentarla debió referirse a la estructura de la sociedad boliviana. Coincidiendo con los sociólogos alemanes, delimitó y estudió los “grupos sociales”; puso en evidencia, asimismo, “hechos sociales”; abordó múltiples aspectos de la vida de los indios, de su idioma, de sus costumbres, de su moralidad, de su vitalidad orgánica y de su caracterología. Y para destacar las diferencias, oposiciones y correlatos con otros agregados sociales, también se refirió a las castas, a los círculos de gobernantes, intelectuales y educadores, para evidenciar, en fin, la división racial que existe en Bolivia: blancos, mestizos e indios. Tocó aspectos candentes de la realidad social de su tiempo —aún no modificados del todo—, en la cual, más que el factor económico, la clase social o el grado de cultura, lo que priva, como causa determinante de las divisiones sociales es la sangre; vale decir, la raza (entendida en un sentido peyorativo). En la sociedad boliviana, vista en forma directa, revelando un hecho patente, puede afirmarse que existe, en su transfondo, el “complejo racial”. Nefasto y funesto, desde luego, pero evidente. ¿Cómo vencerlo o dominarlo? Parece que ésta fue la interrogante que se planteó Tamayo en sus meditaciones de polemista. El mismo fue víctima de ese complejo, pues, en sus alegatos escritos en brillante prosa, exagera los vicios, debilidades y defectos del que se considera la contrafigura del indio: el blanco. Y, valoriza más al indio que al mestizo, en una suerte de negación de sí mismo.

Por su contenido, por sus finalidades, por la doctrina que contiene este libro —doctrina genuinamente americana—, tiene que ser clasificado como un libro de sociología boliviana. Los magistrales esbozos que hace Tamayo sobre la psicología del aymará, indujeron posiblemente a Otero, a ahondar su estudio. Es, en este aspecto, su continua-

dor, ya que su libro *Figura y Carácter del Indio*, viene a ser la demostración científica de las anticipaciones de Tamayo, fundamentada a la luz de la antropología y de la psicología.

Finaliza Otero su ensayo sobre la sociología boliviana con estas conclusiones: “En resumen, estableceríamos la existencia en Bolivia de tres corrientes sociológicas: la primera, que reduce el horizonte sociológico al común denominador del factor geográfico; la segunda, que se dirige al examen del elemento esencial étnico, y la tercera, que busca interpretar el origen de la sociedad boliviana, a través del análisis prehistórico de sus formas arcaicas”.

Otero, Investigador Social. El Instituto Indigenista Interamericano, en sus ediciones especiales, publicó *La Piedra Mágica* (México, 1951), el libro más reciente de Otero. Es un trabajo de investigación científica sobre la vida y costumbres de los indios “callahuayas” de Bolivia, al que aplicó los métodos más usuales y novísimos. Basado en observaciones personales, en datos acumulados y recogidos en el transcurso de varios años, en la utilización de toda la bibliografía conocida sobre el tema y el sistema de la encuesta. Otero ha escrito la obra más completa sobre un tipo humano representativo de los “andobolivianos” Sus veintisiete capítulos abarcan, desde el escenario geográfico, la morfología de los “callahuayas”, el idioma, la alimentación, la indumentaria, la habitación y formas de vida, hasta la religión y economía de este grupo de indios curanderos, cuya fama se extendió por buena parte del Continente. El “callahuaya”, cuyo verdadero nombre debería ser *collahuaya*, palabra aymará compuesta de colla (medicamento) y huaya (el que lo lleva consigo), el profesional de la medicina indígena. Lo estudia Otero desde su aparición en los tiempos prehistóricos, durante el Incario, en la época colonial y la etapa republicana. Originario de las zonas andinas aymaro-quichuas del Departamento de La Paz, Bolivia, tiene que ser filiado como descendiente de los creadores de la cultura Tiahuanaco, de uno de cuyos dominios culturales fue titular y transmisor. Sus conocimientos sobre medicina, heredados por transmisión familiar o profesional, corresponden a los que descubrieron y aplicaron los tiahuanacos. Durante la época incaica mantuvieron los “callahuayas” su prestigio de curanderos, que sí lo registran los cronistas. En la Colonia, supieron asimilar con ventaja los conocimientos que sobre métodos curativos importaron los españoles. No perdieron su ascendiente en el pueblo indígena y mestizo durante la República, pues cuando ya existían médicos profesionales, los “calla-

huayas" fueron siempre sus competidores, a veces, con mayor eficacia en sus procedimientos curativos. Estúdialos Otero en su nomadismo, ya que los "callahuayas" se caracterizan por ser profesionales ambulantes que buscan al enfermo, no sólo en su propia comarca, sino más allá de su región y de su país. Sus conocimientos sobre medicina (etiología, cirugía, obstetricia), son expuestos prolija y cuidadosamente por Otero, lo mismo que sus procedimientos unidos, casi siempre, a las prácticas de la hechicería, la magia y la adivinación. Herbolarios y masajistas, no ignoran los efectos de la psicoterapia; políglotos, con mucho de aventureros trashumantes están aureolados, para los ojos del vulgo, de poseer dones mágicos. Con un bolsón multicolor al hombro, que contiene las hierbas medicinales; vestidos a la usanza indígena o con trajes europeos, recorren países íntegros. Desvirtuando su profesión, degradándola, muchos "callahuayas" comercian con la credulidad popular, vendiendo talismanes y amuletos. El "callahuaya" de nuestros días es la figura decadente del profesional de la medicina que, en tiempos precolombinos, ofició como *shamán* y, posiblemente, tuvo rango sacerdotal. Al provenir exclusivamente de una región, desempeñar una función social y ejercer influjo en los medios rurales y urbanos, es un sujeto de estudio. Otero hizo de él tema de investigación, que realizó en forma exhaustiva.

Como complemento del motivo especial de su libro, Otero expone que tienen íntima relación, tales como la estética del idioma aymará, la estética de la danza indígena y la música. Una antología de las descripciones, juicios y opiniones que han vertido sobre los "callahuayas" hombres de ciencia y viajeros de Europa, estudiosos bolivianos y de nuestro Continente, cierra este estudio que, repito, es el más completo y de jerarquía científica.

Personalidad de Otero. Hecha esta sumaria revisión de la obra sociológica de Otero, no es posible pasar por alto otros aspectos de su personalidad. Fue el escritor más fecundo entre sus contemporáneos de Bolivia. Sus libros representan una nueva etapa en el panorama de la sociología boliviana: la etapa científica. Sus convicciones democráticas lo obligaron, en dos oportunidades, al exilio voluntario, en actitud de repudio a los regímenes totalitarios que se instauraron en su patria. Figuró honrosamente fuera de ella. En Lima y Quito, ocupó cátedras en sus Universidades. Junto a destacados intelectuales, formó parte de la delegación ecuatoriana en el Tercer Congreso Latinoamericano de Sociología (1955), al que presentó un trabajo sobre "La deserción escolar y el problema de la educación democrática en Latinoamérica". Las

representaciones diplomáticas que ejerció en Colombia, Perú y Ecuador fueron realizadas por su prestigio y labor de escritor y conferencista. Era un convencido de que la cultura es el mejor instrumento para la formación de una conciencia continental.

Hasta los últimos días de su vida se mantuvo atento a los sucesos y acontecimientos relacionados con el devenir político, social y cultural de nuestra América. La conferencia que sobre “El Arte Social de Diego de Rivera” pronunciara en Quito, a poco de fallecer el gran pintor mexicano, así lo demuestra. En dicha conferencia se revela el erudito que, informado del movimiento artístico de Europa y América, sigue la trayectoria de la formación artística de Rivera, que culmina como creador de una de las manifestaciones más vigorosas del arte americano.

El Arte Social. “La biografía de Diego de Rivera —dice Otero—, está trazada por sus propias obras, porque aquello que nos interesa es el poder de su influencia, su actitud mental y el poderío de su genio creador en función histórica. . . La posición estética de Rivera fue típicamente antiacadémica y abiertamente opuesta al clasicismo. . . El gran pintor situó por encima del concepto de belleza, los valores estéticos de la expresividad. . . Rivera cultivó un arte revolucionario por su técnica y por su contenido. Es uno de los auténticos creadores de estilo.” Juicios certeros sobre el caudaloso muralista son éstos, pues además de situarlo en su verdadera posición beligerante y creadora, destaca que su obra es de tal magnitud y significado, como Otero la reclama para otras esferas de las manifestaciones espirituales: genuinamente americana y, por tanto, de sentido universal. Obra que interpreta la vida histórica y social de México de acuerdo con sus concepciones políticas; que fija lo dramático de un conflicto que, para el artista que fue también ideólogo y militante del comunismo, es lo ineludible de nuestro ser y de nuestro espíritu. Al calificar a Rivera de “creador rebelde”, lo define exactamente en la misión que cumplió, como renovador adelantado en los dominios del arte y como realizador de cultura, pues la cultura para Otero, es “movimiento constante y permanente alteración” Asocia el nombre de Rivera con el del pensador y sociológico de *Indología*, José Vasconcelos, quien “realizó en el pensamiento lo que Rivera practicó en las artes plásticas”. Recuerda que fue Vasconcelos, como Secretario de Educación, el que encargó a Rivera los Murales del Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, los primeros que pintó y que marcan el comienzo del despliegue de su ímpetu creador.

“Un aspecto trascendental de la obra de Diego de Rivera —apunta Otero—, es su concepción social del arte.” Rememora que en Europa, a fines del siglo XIX y principios del XX, aparecen corrientes contrarias a la concepción predominante del arte por el arte y que propugnaban que éste debía estar “al servicio de las ideas y del espíritu”. “Lo que no es una actitud nueva, dice Otero, ya que en muchas épocas pasadas el arte tuvo función social (tal el arte religioso de la Edad Media y el barroco posterior a la Revolución Francesa). Diego de Rivera —señala Otero—, creyó que el arte no era un simple estimulante de la emoción estética, sino una fuerza social puesta al servicio de una idea, pero no como institución del Estado, sino como expresión libre del artista” “Es notorio, añade, que una poderosa fuente espiritual como la de las artes plásticas, debe ser encauzada a expresar lo nacional, ‘como fuerza dinámica de creación’, como ‘impulso social’.”

“Respetando la ideología comunista de Rivera —prosigue Otero—, su obra debe ser considerada, ante todo, como mexicana y por tanto americana y de sentido universal.” Calíffalo como a uno de los hombres-clave de la plástica hispanoamericana, una de cuyas características más singulares es la de haber llevado a sus murales a la ‘masa’, como un signo de nuestro tiempo. En efecto, Rivera es pintor de masas; de masas campesinas y obreras. Empero, las multitudes y figuras simbólicas de sus frescos no son pasivas ni simples elementos decorativos; tienen una significación tendenciosa, eminentemente política. Este es, para mí, el lado vulnerable de la obra de Rivera: dogmatizar, en sus creaciones artísticas, un credo político discutible, que no se acomoda ni al auténtico sentir colectivo de su patria, y menos al grado de madurez mental antidogmática, que es el signo de nuestra personalidad americana.”

“Rivera ama el paisaje de su tierra, pero sobre todo al hombre como exponente de ella”, es otro de los juicios de Otero; con él expresa la coincidencia de su pensamiento con la obra riveriana. Para el escritor boliviano, en nuestra América, más que la geografía y sus riquezas, lo que vale es la historia; es decir, el hombre que la transita, el que la protagoniza. Otero, como Rivera, es un creyente del “hombre americano”, en contraposición con todos los que consideran que, en América, lo que falla es él. Y cuando se dice “hombre americano”, en el sentido de la historia y de la sociología, es al hombre del pueblo a quien se alude, al que forma el caudal de nuestras sociedades mezcladas. Las máquinas y los instrumentos de nuestra época tecnológica, las figuras de la historia mexicana y de la política del “mundo capitalista” —de acuerdo con

las concepciones de Marx y Lenin—, también aparecen en sus murales, así como los teóricos, apóstoles y héroes de las luchas sociales. En una pintura de masas, no podían estar ausentes sus personajes simbólicos.

Mucho se ha escrito sobre la obra y personalidad del pintor mexicano. Su arte ha originado, con razón, apasionadas polémicas. Empero, el estudio de Otero tiene el mérito de ser uno de los más comprensivos y valorativos. Su admiración por la obra de Rivera no obsta para fijarla en sus límites y significación, cuando la relaciona con la de otros grandes pintores de todos los tiempos. Hace certeras caracterizaciones del mexicano, así, cuando dice que Diego de Rivera pertenece al grupo de los pintores proféticos, que “afrontó el dolor humano en toda su desolada grandeza”. “He aquí —añade— que Rivera puede aparecer como un pintor literario, es decir, que sus obras están acompañadas por una melancolía verbal, algunas veces cargada de fuerza poemática y de elocuencia declamatoria, que le fue precisamente necesaria, para realizar su arte dirigido al campo de lo social.”

La posición de Otero con respecto al arte social, que es lo que interesa conocer, es de aprobación entusiasta, con la salvedad de que no debe banderizarse por ninguna tendencia política partidaria. Por eso afirma de modo concluyente que, en nuestra época “el arte no puede sustraerse a cumplir su papel humanístico”.